



# s cuartos

con todos sus muebles y pertenencias".

"Una cosa me inquieta", declaró de pronto el señor Jaime Arló, dirigiendo una enigmática mirada a la tía: "Y es un verdadero misterio, por así decirlo. A ver, qué le parece. La cuestión es que el señor Paucara tenía su genio; yo no miento. Un día de esos, estábamos hablando tranquilamente; y de repente -mintió ahora-, el señor Paucara me mostró un almanaque, y que comunicó la fecha de su muerte"...

"Nada raro", interrumpió la tía. "El Paucara era un gran adivino; y además, ya se sabe que se ha suicidado, y es de suponer que tenía prevista la fecha, pero lo que realmente me extraña, es que a mí no me haya dicho nada. Tendría sus razones para callarse".

El señor Jaime Arló movió la cabeza, reflexivamente, y guardó un discreto silencio.

La tía se levantó, con gesto vacilante, y cerró una claraboya, por la que se cernía un aire helado;

y luego de encender una vela, volvió a sentarse, y se quedó pensativa.

En una repisa, un reloj señalaba las 6, y ya anocheecía; era invierno.

El señor Jaime Arló miraba con pena; y de pronto recordó que tenía un regalo para la tía

- con timidez, extrajo una botella de su bolsillo, y la puso sobre la mesa.

"Yo le ruego", dijo. "Me he tomado la libertad de traerle un pequeño regalo. Un Jerez. En testimonio de respeto y aprecio".

"Ésta sí que es una sorpresa", dijo la tía. "Dios es grande; yo le agradezco. Y me siento emocionada. Mientras existan caballeros como usted, el mundo no dejará de rodar".

"Es sólo una pequeñez", puntualizó el señor Jaime Arló: "para ser sincero, yo le diré que tengo por usted una gratitud muy grande".

"Usted exagera", dijo la tía. "Lo que pasa es que usted es un renombrado poeta; usted ha escrito un famoso poema, y me lo ha traído personalmente; y como si eso fuera poco, me ha regalado un finísimo Jerez".

"Yo quiero confesarle una cosa", dijo el señor Jaime Arló: "Usted tiene vibraciones de alta energía. Estas vibraciones han escrito el poema; yo he sido sólo un instrumento".

"¿Y qué me dice usted del alma del pobre Paucara?", observó a tía. "Yo tengo mis razones para asegurar que el alma del pobre Paucara lo ha ayudado, lo ha guiado, y lo ha inspirado; y usted debería dedicarle un poema".

"Eso está ya decidido", declaró el señor Jaime Arló. "Créame: si no cumplo mi determinación, no soy gente. Yo voy a los hechos; a mí las frases bonitas me indignan; y las afirmaciones gratuitas me repugnan. Dentro de un par de semanas, yo le traigo a usted el poema, y se lo leo; y luego hacemos sacar una copia en pergamino, con el famoso calígrafo Paniza - Akutagahua, y la depositamos ante la tumba del Gran Paucara. Y todos felices".

Las palabras del señor Jaime Arló conmovieron profundamente a la tía.

Y en un raptó de emoción, se levantó, con sorprendente agilidad, y destapó la botella de Jerez;

y habiendo sacado a relucir antiguas copas de cristal,

sirvió dos, y ofreció una al visitante.

Ambos bebieron al unísono, como obedeciendo una señal; y al cabo, el señor Jaime Arló adoptó una actitud solemne, y dijo:

"Ha sido un gran honor para mí. Yo le ofrezco mis más altos respetos; y lo único que deseo es que Dios le dé muchos años de vida".

La tía le dirigió una mirada de extrañeza.

"Eso ya no me gusta", sentenció con tono áspero; y luego dijo:

"Ante todo, la franqueza. Yo agradezco sus buenos deseos; pero lo malo es que ya he vivido muchos años. Y Dios ha querido señalarme un camino muy difícil. Usted no sabe. Hace tiempo, el mismo Paucara ha consultado las estrellas, y ha dicho que yo estoy condenada a enterrar a mucha gente. Todos mueren, menos yo. Mi hermana muere; mis sobrinas mueren; mis amigos entrañables mueren; la chica Soledad Vaca muere; el Paucara muere. Todos mueren, menos yo. Y con los años que tengo, ya podía haber muerto cien veces".

Así diciendo, la tía se encogió en su asiento, y se quedó inmóvil y como extasiada.

El señor Jaime Arló sintió recelo; y la miró largamente. La tía ofrecía un aspecto misterioso.

Se diría una imagen fantasmal, que se ocultaba en oscuras transparencias.

Su rostro, con un poco de luz, en la frente, se borra por momentos, en medio de las sombras.

-y sus ojos miraban fijamente.

¿Quizá quería que la dejen sola, pensó el visitante; quizá quería que la acompañen.

Nadie sabía.

El señor Jaime Arló estaba perplejo - se sentía fascinado por los ojos de la tía.

Y de pronto se sorprendió, y aun se alarmó, ante unos gritos, unos clamores y unas campanadas, que resonaban en la distancia;

y con sobresalto, se levantó y agarró su sombrero.

Al pasar recorrió la vela, que ya fenecía, y dirigió una pensativa mirada a la tía; todo era silencio. Todo era inmovilidad.

La tía miraba - y miraba, y miraba.

El señor Jaime Arló se estremeció. Saludó con un venia, y se alejó.

**Jaime Sáenz. Poeta y escritor paceño**